

CINQ MÉDITATIONS SUR LA BEAUTÉ, FRANÇOIS CHENG, PARIS, ALBIN MICHEL, 2006.

La condición del hombre en tanto persona lo sitúa en disyuntivas aporísticas con pertinaz frecuencia. La experiencia básica de ser precedidos por la existencia suele ser reformulada cartesianamente como que ésta se instala en el sujeto yo desde el acto pensante mismo, el que se da inicialmente como núcleo y borde de aquello que lo antecede y lo sobrepasa. En el ser humano, la condición atávica de la vida natural encuentra una respuesta espiritual que nos fuerza a enfrentarnos con un fenómeno complejo y sorprendente : se trata de la inscripción permanente de un paisaje, el de su espíritu, sobre el paisaje de la naturaleza; muchas veces con efectos medúsicos, es decir, convirtiendo con el mero toque del pensamiento la independiente realidad de la existencia en la dependiente condición de lo pensado. Es por ello que el hombre interviene en la naturaleza como un ser que va más allá de ella y que pone todo en cuestión. Para el ser humano, el vínculo de adherencia con el paisaje de lo natural se distiende

por la elasticidad de posibilidades indefinidas. La conciencia humana da forma a la distancia adquirida y hace del juego de la relación yo-mundo el ámbito en el que el hombre auténticamente reside, manteniendo permanentemente la nostalgia por una expansión superior del ser. De aquí que el saber y el creer se realizan como aspiraciones inherentes a la condición humana “todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de saber”, afirmó Aristóteles.

F. Cheng, tomando como punto de partida las reflexiones platónicas y aristotélicas sobre mimesis y belleza, despliega en espiral una sucesión de cinco ensayos que se asimilan progresivamente, sobre la base de matrices culturales con las que contribuye a establecer propuestas acreditadas en el pensamiento occidental, a partir de la milenaria china. Se trata de círculos que se inician en torno a la pregunta ‘¿qué significa la existencia de la belleza para nuestra propia existencia?’ (14)

La unicidad de los seres, al transformarlos en presencia, ha hecho posible la belleza.

En relación con la belleza, dice Cheng que nuestro sentido de lo sagrado surge no solo de la constatación de lo verdadero sino quedelo bello, deaquello que golpea por su 'enigmático esplendor', que invita al reconocimiento y celebración del mundo. Va más allá planteando que nuestro sentido de un universo que tenga sentido viene de la belleza, en la que toman los elementos sensibles mediante la medida una orientación precisa que urge a estos elementos a través de su resplandor, a marcar la plenitud de su presencia. Aquí se encontrarían las tres acepciones de la palabra *sens* (sentido) en francés: sensación, dirección, significación.

Para Cheng, la belleza es algo que está virtualmente ahí, desde siempre ahí; un deseo que surge desde el interior del ser, y que incita a la aquiescencia, a la interacción, a la transfiguración. La belleza, más que un medio o instrumento, es una manera de ser, un estado de existencia. La belleza que plantea tiene lugar en la *durée* bergsoniana, al igual que ese presente que abre en su aparición

un pasado y un futuro, la belleza atrae la belleza, la aumenta, la eleva, y una experiencia bella atrae a otras vividas. De esta misma manera, el deseo de belleza aspira a re-unirse con el deseo original de lo bello que ha presidido el advenimiento del universo, pues ella tiene el don de suscitar el deseo y la búsqueda. En el uso chino del término, 'si la belleza del mundo forma un paisaje, el alma de un ser es también ella un paisaje', lo que la estética china denomina como 'sentimiento-paisaje' (68). La opinión señalada confluye con la tradición estética occidental en que hay un mundo inmaterial recogido tras lo material de lo cual este último es signo, ya que la belleza encarnada jamás lo es de una figura. La belleza ocurre como un 'entre dos luces', una luz interior y una luz que ha estado ahí desde siempre pero que se encuentra ensombrecida, es aquello que se transparenta en el espacio entre lo finito y lo infinito, entre lo visible y lo invisible. La belleza como transfiguración tiene su manera de ser en la resonancia.

Respecto a la fórmula platónica de que la verdadera mimesis es la de lo bello, lo bueno y lo verdadero, argumenta Cheng que "es verdadera belleza la que se eleva desde el ser,

que se mueve en el sentido de la vida abierta. La verdadera belleza sobrepasa la apariencia y tiene un valor intelectual. Toda verdadera belleza se eleva a partir de cierta esencia y tiende hacia la suprema armonía, que otorga una luz de beneficencia, lo cual corresponde a la definición de bondad'. Bondad y belleza forman una unidad orgánica y operativa, lo que Cheng fórmula de la siguiente manera: 'La beauté porte garant de la qualité de la beauté; / La beauté irradie la bonté et la rend désirable' (75). Cuando la autenticidad de la belleza está garantizada por la bondad, estamos en el estado supremo de verdad, que va en el sentido de la vida abierta. La belleza es la nobleza del bien, el placer del bien, el goce del bien, el resplandor mismo del bien (76). Según esta concepción, la belleza es la luz de las ideas y el esplendor de lo verdadero. Esta se mantiene vigente hasta el Romanticismo, en el que la verdad suprema no es otra que la belleza: 'Rien n'est vrai que le beau; rien n'est vrai sans beauté' Alfred de Musset (87). Para los chinos, la belleza es siempre un advenimiento, una epifanía, un 'aparecer allí'. Ella implica un entrecruzamiento, una interacción, un encuentro entre

los elementos que constituyen una belleza, entre la presencia de esta y la mirada que la capta. De este encuentro, si es profundo, nace una cosa otra, una revelación, una transfiguración. Ambas vistas se conjugan de manera simbiótica para formar una perfecta adecuación (concreción estética). Este entrecruzamiento es una idea que Cheng asimila a la figura del quiasmo en el que opera una inversión de perspectiva. En tanto que el hombre deviene el interior del paisaje, este deviene el paisaje interior del hombre. Afirma Cheng que tanto en el amor como en la belleza, toda verdadera mirada es una mirada cruzada, la percepción como quiasmo, es decir, la interpenetración entre el que mira y lo que es mirado. Estos quiasmos generan el destello que ilumina y permiten que la luz divina se revele. Ocurre la transfiguración al estar el sujeto en presencia de la luz, que es el destello de la percepción de lo divino en el alma.

Para los chinos, la relación con la naturaleza es de revelación mutua. La belleza del mundo es un llamado, y el hombre, ser de lenguaje, le responde con su alma. Es como si el universo esperara al hombre para ser dicho (onomatopéa primaria). El hombre occidental,

también tiene la necesidad de un intercambio de la palabra y la mirada con el mundo. Coincide Cheng con los occidentales al considerarla como un punto de no retorno al original pues ella siempre se refiere a si misma una vez desplegada.

Cinq méditations sur la beauté es un libro escrito en un lenguaje en que se combinan la elegancia del estilo con la claridad expositiva, permitiéndole al lector atento una aproximación sencilla a complejas preguntas, a la vez que estimula a la reflexión.

Daniela Oróstegui Iribarren

Francisco Agullera Gajardo